



Francisco Ferrándiz (CCHS-CSIC)

«Si pensamos en espacios de perpetración, no hay nada comparable al Valle de los Caídos»*

Violeta Ros Ferrer
violeta.ros@uv.es

A lo largo de los últimos diez años, Francisco Ferrándiz ha sido una de las personas clave en el análisis científico y el impulso institucional del proceso de exhumaciones contemporáneas de las fosas comunes de Guerra Civil y el franquismo en el Estado español. Francisco Ferrándiz es científico titular del Instituto de Lengua, Literatura y Antropología (ILLA) del Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CCHS) del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), desde donde dirige el grupo de investigación Políticas de la Memoria» (<<https://politicasdela-memoria.org/>>). Especializado en el campo de la antropología de la violencia, la labor etnográfica y académica de Ferrándiz y el equipo que dirige ha sido fundamental en la profundización y consolidación, dentro del marco académico español, del análisis de la violencia política perpetrada durante la Guerra Civil y el franquismo como caso de violación de los derechos humanos. Esta importante labor académica, ha abierto a su vez un productivo diálogo con el proceso de desarrollo institucional de políticas públicas de la memoria, tanto en el ámbito autonómico como en el estatal, inédito hasta la fecha. A propósito de la reflexión en torno a los espacios de perpetración y los lugares de memoria, conversamos con Francisco Ferrándiz sobre el Valle de los Caídos, sobre la importancia de los espacios y los monumentos en la configuración del nuevo paradigma de la memoria democrática y sobre los retos que este nuevo escenario presenta.

* Esta contribución se enmarca en el proyectos de investigación «De espacios de perpetración a lugares de memoria. Formas de representación» (PROMETEO/2020/059).

En los últimos meses has dejado temporalmente tu puesto como investigador en el CSIC para formar parte de la Secretaría de Estado de Memoria Democrática. ¿Cómo ha sido el salto de lo académico a lo institucional y con qué limitaciones te has encontrado como especialista en materia de memoria?

Yo nunca pensé que sería llamado a formar parte de una estructura institucional de la escala que tiene una secretaría de Estado, para desarrollar los temas que llevo investigando muchísimo tiempo desde las administraciones públicas. Tiene coherencia, tanto con mi trayectoria como con la del equipo que dirijo, porque en nuestro proyecto de investigación ya habíamos colaborado con otras instituciones anteriormente. De hecho, el último proyecto de investigación que hemos solicitado consiste precisamente en poner en marcha un análisis de las políticas de memoria que se han llevado a cabo en el Estado desde una perspectiva transnacional y comparada, para ver de qué manera era posible vehicular, transmitir o compartir las reflexiones que hemos ido elaborando en los últimos años a la hora de desarrollar políticas públicas de memoria. Fue en este punto cuando recibí una llamada de Fernando Martínez para formar parte de su equipo de trabajo en la Secretaría de Estado –de lo que ellos llaman su *gabinete*–. Entonces se da una situación curiosa, porque yo siempre he estado en instituciones académicas. Es la primera vez que me incorporo de manera formal en una institución de política pública como puede ser una secretaría de Estado, que además depende de la Vicepresidencia primera de Gobierno, y que tiene su sede física en el Complejo de la Moncloa. Yo ya había estado allí en el año 2011, cuando formé parte de la Comisión de Expertos del Valle de los Caídos, que fue la otra ocasión en la que había tenido una intervención importante en términos de políticas públicas, más allá del informe sobre políticas públicas de Memoria Histórica en Euskadi que elaboré junto con la investigadora Marije Hristova por encargo del Instituto Vasco de la Memoria (Gogora) en 2018 y algunas colaboraciones menores con el Ayuntamiento de Madrid. Como académico no resulta fácil tomar esa decisión porque, cuando tienes un proyecto y una estructura de investigación en marcha, cuando tienes investigadores contratados que están colaborando contigo, dar ese salto implica dejar una cierta orfandad en la institución de origen. Y esto exige una reflexión, porque te preguntas qué ocurrirá cuando vuelvas, porque sabes que este tipo de compromisos son temporales y duran lo que dura el gobierno o el proyecto en el que te insertas. Asumes el compromiso durante el período que se mantenga la situación para la que se te convoca, pero no sabes muy bien hasta qué punto vas a poder llegar en los proyectos que vas a desarrollar en este nuevo contexto. Hubo un factor importante que me ayudó a decidirme: a mí se me pidió entrar en la Secretaría de Estado en paralelo a Francisco Etxeberria, el forense que ha organizado desde un punto de vista técnico el proceso de exhumaciones. Por lo tanto, de aceptar, no estaría solo, sino que iba acompañado de una persona con la que tengo una enorme confianza y con la que he trabajado

de forma coordinada en equipos de investigación desde hace más de dieciocho años. Ninguno de los dos estamos afiliados a ningún partido: somos investigadores independientes que llevamos dos décadas metidos en temas de memoria histórica, que conocemos a muchos de los actores que hay en el campo, que conocemos bien los procesos y que sabemos bien cuál ha sido su evolución; que conocemos la razón y la lógica de unos discursos u otros, de unas reclamaciones u otras, y, por lo tanto, ambos consideramos, cada uno por su cuenta pero también coordinados, que se trataba de una oportunidad para influir en las políticas de memoria que se iban a generar en los próximos años. Lo hablamos mucho entre nosotros y llegamos a la conclusión de que era una cuestión de responsabilidad social. Desde luego, para mí habría sido más cómodo haberme quedado en mi entorno académico, pero pensé que mi presencia, en tan buena compañía, podría contribuir a que las decisiones que se tomen en la Moncloa sobre cuestiones de memoria sean decisiones informadas, que tengan un respaldo, y también a que, cuando se construyan narrativas sobre lo que se está haciendo, nosotros podamos incorporar en ellas elementos clave de nuestras respectivas disciplinas, la antropología social y la antropología forense. Hay muchas cosas que no dependen de nosotros, puesto que somos solamente asesores: no salimos en el BOE, no tomamos posesión, etc. Tenemos la tarea de anticipar los problemas que puedan suceder, contribuir a orientar las políticas, tratar de influir en ellas, que se escuche a los actores que consideramos relevantes, y explicar la lógica de los actores que se oponen a estas políticas, generar relatos, llevar a cabo proyectos concretos... Es un reto que yo nunca había tenido, que tiene muchos momentos de frustración porque la Administración es muy complicada, es muy lenta... pero al mismo tiempo, existe una capacidad de influir en ciertas cosas de bastante relevancia, como por ejemplo en el diseño de un plan estatal de exhumación de fosas o en la gestión democrática del Valle de los Caídos. A pesar de ser independientes, el secretario de Estado decidió que quería que le acompañáramos, por encima de consideraciones de partido, y el resultado de todo esto puede ser, ojalá, que las políticas públicas de memoria que se generen desde el gobierno estén mejor orientadas que las anteriores.

Como asesor, has tenido un papel importante en la nueva Ley de memoria democrática, cuya aprobación se encuentra actualmente en trámite. ¿Qué avances presenta esta nueva ley con respecto a la construcción de un discurso público y de Estado sobre la Guerra Civil, la dictadura y la Transición? ¿Cuál es su potencial en comparación con la ley anterior?

Ni Francisco Etxebarria ni yo somos juristas, y son las personas con perfiles jurídicos las que manejan las claves de cómo hacer y negociar una ley. Nosotros hemos supervisado las partes que tienen que ver con las exhumaciones de fosas,

con el Valle de los Caídos, con los lugares de memoria, con la exposición de motivos, etc. Pero hay partes de la ley en las que no hemos participado, porque exceden nuestras competencias. Dicho esto, hay dos cosas muy importantes sobre la nueva Ley de memoria democrática. Una de ellas es que, desde mi punto de vista, recoge una buena parte de las reclamaciones que se han hecho desde el movimiento memorialista en los últimos años. Parece evidente que no las va a recoger en su totalidad, puesto que es un entorno asociativo que, por su propia naturaleza, tiende al maximalismo, y el gobierno tiene un horizonte de posibilidades más limitado. Esto se entiende perfectamente, ya que la función de los movimientos sociales consiste, precisamente, en cuestionar o presionar para que la nueva ley sea lo más completa, lo más avanzada posible. Sin embargo, dentro del contexto de enorme complejidad en el que surge esta nueva ley, con un gobierno de coalición y apoyos parlamentarios que no pueden darse por hechos y hay que negociar, recoge un número significativo de reivindicaciones del movimiento memorialista. Pongo un ejemplo muy concreto: desde las asociaciones se ha pedido muchas veces que sea el Estado el que se ocupe directamente de responder a las peticiones de exhumación que se generen desde cualquier lugar del país. Esta demanda está reflejada en la nueva ley y marca un cambio de modelo: el paso de una forma de organización del proceso de exhumaciones que yo mismo he criticado mucho, en el cual no ha habido un control sistemático desde el Gobierno y la responsabilidad de las exhumaciones se trasladaba a las asociaciones, traspasándoles una responsabilidad que correspondía al Estado, a un modelo radicalmente distinto de implicación institucional directa. Cuando se apruebe la nueva ley en 2021, será la Secretaría de Estado la que coordinará el proceso de exhumaciones desde la Administración General de Estado, y esto es algo que las asociaciones han reclamado por activa y por pasiva.

El problema ahora, mientras tenemos esta conversación, es que la nueva ley todavía está en trámite, y mientras no se apruebe vamos a tener que funcionar con herramientas mixtas o híbridas, entre los modelos que plantean una ley y la otra, pero siempre bajo el paraguas de la ley de 2007, que es la que aún está vigente. No se le puede pedir al Gobierno que tome medidas contenidas en una ley que todavía no se ha aprobado. Yo creo que esto, el movimiento memorialista tiene que entenderlo. Hay un cambio de modelo y una voluntad política, y si no la percibiera con claridad, quizá no tendría sentido seguir en este proyecto.

Que luego se lleven a cabo el 100 % de los proyectos, o el 50 %, todos sabemos que en política el grado de cumplimiento de los objetivos iniciales depende de muchos elementos que van más allá del control que uno pueda tener. Otra cosa que hay que entender es que cuando las asociaciones piden que sea el Estado quien se haga cargo, algunas piensan en la Administración General del Estado, pero en nuestro país el Estado también incluye las comunidades autónomas, diputaciones, cabildos y ayuntamientos. Por eso es básico generar una

estructura de coordinación estable y bien articulada. Se trata de procesos complejos, lentos y que a veces exasperan. No solamente a muchos representantes del movimiento memorialista, sino también a nosotros. Cuando estás dentro ves que realmente hay un trabajo muy difícil, muy complicado técnicamente desde el punto de vista de la coordinación de distintos tipos de expectativas e instituciones. Pero cuando esté en marcha, yo creo que va a dar buenos resultados. La cuestión de las exhumaciones es una de las cosas que yo considero un avance drástico respecto a la ley anterior.

Por poner otro ejemplo: se propone la creación de una Fiscalía especial de sala para que se ponga al frente de todo el proceso de exhumaciones. Es decir: si se abre una fosa común, el fiscal o algún fiscal delegado o la policía va a ir a la fosa, van a levantar acta y van a investigar los hechos que dieron lugar a esos crímenes. Es decir, se trata de elementos que, en otros contextos, se han dado dentro de lo que puede ser una comisión de la verdad: va a posibilitar una verdad oficial que nos puede parecer mejor o peor que exista, pero habrá un fiscal que va a levantar acta y a generar una documentación formal sobre los crímenes que se cometieron. Eso es algo muy importante y quizá no ha salido al debate público todavía en su potencial, pero a mí me parece otro avance muy sustancial respecto a la ley del 2007.

Lo mismo ocurre con respecto al Valle de los Caídos: también se convierte en un lugar de memoria democrática. Se va a derogar el decreto ley que regula el monumento y que es, ni más ni menos, del año 1957, del cual depende el convenio con los benedictinos, que quedará invalidado con la derogación de este decreto, y que permitirá generar un nuevo estatus jurídico y patrimonial para el Valle de los Caídos. Es decir, se trata de cuestiones de calado, con mucho recorrido. Se va a hacer un censo de incautaciones, se van a revisar los títulos nobiliarios que se dieron durante el franquismo y se van a derogar aquellos que respondan a personas que fueron perpetradores y que todavía están vigentes.

Todas estas son cuestiones que, en el año 2000, cuando se abrió la primera fosa, no estaban siquiera en el radar de posibilidades del debate memorialista en el país. ¿Que la ley tiene defectos y carencias? Por supuesto, yo mismo los veo. ¿Que recoge reivindicaciones del movimiento memorialista? También lo veo. ¿Que es insuficiente? Probablemente. ¿Que es mejor que nada? Te puedo asegurar que sí. Es en ese equilibrio en el que nos tenemos que manejar. Pero sí ha sido interesante seguir el proceso, ver las dificultades, confrontar la cantidad de mecanismos de control que hay que sortear cuando una ley la propone el Gobierno.



Fig. 2. Exhumación en Cobertelada (Soria, 23/09/17)

¿Cómo se materializa este nuevo marco de la memoria democrática en el espacio público? ¿Qué papel tienen los llamados *lugares de memoria* en el contexto de esta nueva ley?

El paradigma de la «memoria democrática» propone un cambio con respecto al paradigma de la «memoria histórica», aunque tienen indudables vasos comunicantes, ambos seguramente coexistan y, a la postre, este podría ser un espacio de debate fecundo sobre cómo relacionarnos con el pasado. La memoria histórica está muy vinculada, por la historia de España, a la Guerra Civil, mientras que la memoria democrática incorpora de una manera privilegiada la guerra, pero trata de ir más allá: se remonta a la Constitución de Cádiz de 1812, por poner una fecha, pero más en general a aquellos actos, ya sea institucionales o impulsados desde la sociedad civil, a veces muy formalizados y a veces efímeros, que contribuyeron a construir una cultura de derechos y libertades que ahora consideramos consustancial a la democracia. Lo que este nuevo paradigma de memoria trata de poner en valor es que la consolidación del régimen democrático en España es muy larga, que ha sufrido muchos altibajos, que no ha habido un único golpe de Estado contra estructuras o utopías democráticas, sino varios. Se trata de pensar sobre cuáles son los orígenes de la democracia liberal en España, que van mucho más allá del ámbito institucional. Por ejemplo, cuando desde el Gobierno se anuncia el cambio de nombre de la estación de Chamartín en Madrid por el

de Chamartín-Clara Campoamor, el foco no está en la guerra de 1936-1939: se está invocando al sufragismo, se está hablado, en definitiva, de personas que lucharon por ensanchar los límites de la democracia en el país, en este caso en el contexto de la Segunda República. Aunque su vida está también golpeada por la guerra, se exilió y murió en Suiza, el referente es más amplio. El paradigma de memoria democrática, que aún necesita mucha elaboración conceptual, tiene que ver con eso: con el hecho de pensar, como sociedad, sobre cuáles son nuestros antecedentes. Por supuesto y de manera prioritaria, los ciudadanos fieles a la Segunda República que fueron víctimas de una manera u otra del terrible golpe militar de 1936. En paralelo, en su formulación más básica, la memoria democrática también haría posibles ciertos acuerdos de mínimos: Por ejemplo, ¿estamos todos de acuerdo en que cuando hay un gobierno legítimo democrático no se dan golpes de Estado, o no? ¿Estamos todos de acuerdo en condenarlos sin matices? Cada sensibilidad política se pone ahí ante su espejo.

Los lugares son claves en el desarrollo y mantenimiento de la memoria, y por lo tanto también en el diseño de políticas públicas, y van a ser muy importantes en este nuevo marco, sobre todo a la hora de seleccionar qué tipo de lugares se van a activar, fortalecer o resignificar. Cuando hablamos de lugares de memoria estamos hablando de patrimonio material y de patrimonio inmaterial. Esta idea es fundamental. No se trata solamente, pongamos por caso, de un edificio en el que se firmó un documento muy importante, sino que también puede tratarse de una experiencia determinada. Por poner un ejemplo, *La Desbandá*, paradigma del bombardeo sobre civiles, es en sí un lugar de memoria. Aunque no tenga una arquitectura que lo defina, sí tiene un recorrido, unos relatos, unas representaciones... Pero es más que eso: es una experiencia de sufrimiento extremo de la sociedad civil que tiene un componente tanto inmaterial como material.

Más allá de la definición de lugares donde anclar la memoria democrática, un aspecto fundamental es el desarrollo pedagógico que debe acompañar este proceso. Todo lo que se haga en la ley tiene que tener un componente educativo. Y, más allá de abrir espacio para la memoria democrática en los libros de texto –que, por supuesto, son imprescindibles– yo creo que debemos pensar simultáneamente en desarrollar esta pedagogía en formatos digitales, que son más baratos, que tienen una mayor accesibilidad y que son incluso más dinámicos para apelar a gente joven, que mayoritariamente es nativa digital. Los lugares de memoria que se van a poner en marcha van a tener ese componente de materialidad e inmaterialidad y van a tener que ver con la historia de los procesos democráticos en el país, no solamente con la Guerra Civil o con lugares de tragedia. Evidentemente, nadie cuestiona ni muchísimo menos la barbaridad del golpe de Estado de 1936, el sufrimiento producido en la guerra, y lo tremenda que fue la represión y la impunidad del franquismo que luego se ha instalado. Sin embargo, al mismo tiempo, hay que pensar la memoria en positivo, lo que ahora se llaman *memorias de la esperanza* o *memorias de la utopía* que al tiempo acompañan

y desbordan las *memorias del trauma*, que muchas veces son las que predominan. A la hora de recuperar la memoria de las personas que impulsaron los procesos democráticos y reflexionar sobre el resultado de sus luchas y tragedias, no podemos solamente pensar en muerte, sufrimiento y destrucción, sino también en resistencia, en activismo, en el impulso de movimientos sociales, en la creación de estructuras de solidaridad –por muy precarias que fueran–, etc.

Y sobre los lugares de memoria, yo estoy intentando argumentar, dentro de la Secretaría de Estado, que tenemos que poner en marcha lugares de memoria 2.0. Tenemos que desbordar modelos de memorialización ya caducos. Tenemos que tratar de que cada memorial esté hecho con mucho mimo y no replique una fórmula de memorial que quizá pueda ser más fácilmente entendible, pero que tenga un valor pedagógico menor. Hay que diseñar memoriales de última generación, con materiales reciclables, con nuevas tecnologías, muy cosidos al suceso o a la experiencia que se está conmemorando. No vale el mismo tipo de monumento para todas las conmemoraciones que se hagan: hay que planificar y diseñar uno específico para cada contexto, y así además se elabora una cultura memorial más fresca, abierta y dinámica. En este sentido, una de mis tareas consiste en detectar memoriales que hay en el mundo que a mí me parece que tienen valor, que tienen potencial, y tratar de ver cómo se podrían poner en marcha lugares de memoria equivalentes en España. Pero situándonos en la vanguardia de los memoriales, mejor que reutilizar modelos antiguos cuya eficacia ya no es tan clara.

Esta es uno de los desafíos más interesantes de este trabajo: poder argumentar todo esto en reuniones donde está la gente que toma las decisiones. Luego toman en cuenta la aportación que haces o no, eso depende de muchos factores, pero yo creo que es importante poder decir, por ejemplo: «bueno, vamos a analizar qué es lo que ha pasado en la Zona Cero, cómo han memorializado ese atentado tan tremendo». Y sé que no tiene nada que ver la Zona Cero con el Valle de los Caídos, el contraste es muy evidente. Pero allí ha tenido lugar una tragedia, se han caído dos torres impresionantes, ha habido más de 2.500 muertos... y han tenido que gestionar ese lugar desde el *shock* y las ruinas. ¿Cómo lo han confrontado? Combinando restos emblemáticos de las torres con un nuevo entorno arquitectónico, intervenciones artísticas, despliegue muy meditado de recursos multimedia... ¿Cómo han diseñado el memorial y el museo? Pues han hecho unas estructuras cuadrangulares donde hay unas cascadas que caen hacia abajo... Bueno, con sus virtudes y defectos, con un marco ideológico que puede resultarnos más o menos cómodo, ese memorial solamente puede ser para el 11S. La combinación de elementos no funcionaría en ningún otro lugar, no tendría sentido. Pues igual: nuestros memoriales tienen que tener esa misma capacidad de relacionarse y de entrelazarse con el hecho que está siendo memorializado y con el contexto memorial que los pone en marcha. Para estar al día en estos procesos de memorialización hay que estar atentos a los proyectos que se están haciendo en otros lugares del mundo. Hay uno que me gusta mucho. Es un trabajo que ha

hecho Doris Salcedo en Colombia, una genialidad que, de alguna manera, hace de la necesidad virtud. Cuando las FARC entregaron las armas, nadie sabía qué hacer con ellas. Era un arsenal impresionante, que iba a ser destruido. Entonces, Doris Salcedo propuso transformarlo en algo diferente. Y lo que hizo fue fundir las toneladas de armas y ella, junto con mujeres que han sido objeto de violencia sexual en el conflicto armado en Colombia, machacando, martilleando ese metal fundido, han hecho una lámina, una plataforma irregular, que es el suelo de un espacio memorial en el cual, durante los próximos cincuenta años, van a mostrarse exposiciones sobre la memoria de la guerra en Colombia. Creo que esto es lo que tenemos que hacer en cada caso. No vamos aquí a derretir ninguna arma de una exguerrilla, lo que estoy sugiriendo es que hagamos algo equivalente a lo de Doris Salcedo, de esa misma escala conceptual. Idealmente, debemos tener concursos de ideas, tenemos que favorecer los mejores proyectos, tenemos que poner a trabajar a los mejores artistas. Está muy bien hacer monolitos, se entienden muy bien, forman parte de la cultura institucional y popular de la memoria. Pero yo creo que para generar pedagogía memorial, el proceso de construcción de un memorial concreto y el debate que se pueda generar en torno a él es fundamental. Tan importante es el proceso como el producto final, cuyo sentido a su vez estará en flujo. Ahora tenemos nuevas herramientas y tenemos que pensar que nos hemos de colocar paulatinamente en la primera división de los memoriales, por decirlo así.

Hay algo muy importante en esta idea de darle la vuelta a esa cultura de la memoria, a esa manera de relacionarse afectivamente con el pasado y esto tiene que ver con la necesidad de hacer un esfuerzo de transmisión intergeneracional de la memoria de ese pasado. En el caso de España, si pensamos, por ejemplo, en el Valle de los Caídos, estamos ante una memoria fúnebre. Además de los formatos digitales de los que hablas, ¿no se trataría también de darle la vuelta a este paradigma afectivo de la memoria, de transformar su tono, para que sea más transmisible, para que tenga otro peso?

Sí, todo lo que he comentado tiene que ver con esa idea. Tenemos que mirar hacia atrás sobre lo que ha pasado en los últimos veinte años de recuperación de la memoria de la Guerra Civil: tenemos ya hecho un análisis de cómo se ha generado un paradigma tan corpocéntrico en torno a las exhumaciones, al cuerpo fusilado, al tiro de gracia y a las iconografías de tipo forense que se han desencadenado a través de ellos... Sí, han tenido un lugar potentísimo, muy privilegiado en el espacio público, en los medios de comunicación, en los nuevos imaginarios memoriales. Ahora tenemos que ver también los problemas que ha generado todo esto y sus limitaciones para relacionarnos con esos sucesos históricos. Por ejemplo, el llamado *giro forense* ha contribuido a una cierta espectacularización

del proceso memorial. Creo que debemos reciclar iconografías e inventar otras nuevas. Creo que necesitamos en ocasiones, como dicen los anglos, *think out of the box*, ir más allá de las lógicas que ya se han convertido en sentido común. Ha habido una ortodoxia memorial que se ha generado en los últimos años, que ha tenido mucho sentido, ha tenido un carácter reparador indudable, pero que no podemos permitir que nos ahogue. Tenemos que innovar, tenemos que ser capaces de reciclarnos, de buscar nuevas formas de memorializar, de enriquecer críticamente la relación con el pasado. Y una forma de enriquecerla es mediante la construcción de memoriales que nos hagan reflexionar, que ensanchen nuestro horizonte, que no repliquen lo que ya sabemos.

Has dedicado buena parte de tu trabajo en los últimos veinte años a las exhumaciones de fosas de la Guerra Civil y el franquismo y al Valle de los Caídos. Ambos son, evidentemente, espacios de perpetración, pero también espacios de los que, a partir del año 2000, emerge una memoria que había estado condenada durante décadas a un régimen de invisibilidad política e institucional. Sin embargo, por encima de esta memoria invisibilizada, el franquismo fue instaurando una memoria oficial, que se hizo visible en el nombre de las calles, en las placas conmemorativas, en las estatuas en los parques, en las cruces a los caídos, etc. En uno de tus últimos textos propones el término *materialidad franquista* para referirte a estos soportes cotidianos con los que el franquismo inscribió su versión del pasado en nuestro paisaje cotidiano. ¿Cómo integrar esta materialidad franquista en la nueva memoria democrática? Según tu criterio, ¿qué estrategias (pedagógicas, estéticas, políticas) deberían ponerse en juego para lograr esta integración?

Bueno, esta es una pregunta inmensa. Yo no creo que haya que retirar todo vestigio franquista, y soy perfectamente consciente de que esto es polémico. Por ejemplo, respecto al Valle de los Caídos, hay asociaciones que respeto mucho, y también amigos muy queridos, cuya propuesta puede resumirse en «Verdad, Justicia y Demolición». En realidad, lo has descrito muy bien: hablamos de una memoria que emerge frente a otra que está instalada en el espacio público de una manera muy tenaz, invasiva, e incluso ofensiva para un sector amplio de la ciudadanía, y hay que ver cómo compensar esa tensión. También los vencidos en la guerra han cobrado un espacio público muy significativo en los últimos veinte años. Yo creo que es posible combinar estrategias, según los casos, y aprovechar cada una de ellas para generar y enriquecer el debate.

A mí, incluso te diría que en ocasiones el resultado final me importa menos que el proceso y el debate que se genera. Con la exhumación de Franco mucha gente estaba furiosa porque decía: «¿Cómo es posible que se haya tardado un año desde que se tomó la decisión política? ¿Cómo es posible que la familia Franco

tenga ese poder de bloqueo? ¿Cómo es posible que la Fundación Francisco Franco pueda paralizarla en los tribunales, aunque sea cautelarmente?». Yo tenía esas mismas inquietudes, me hacía esas mismas preguntas. Pero también pensaba que, quizá paradójicamente, en todo ello había un componente pedagógico muy poderoso. Nos permitió visualizar hasta qué punto gentes y grupúsculos residuales del posfranquismo están anclados en la estructura del Estado, tienen abogados solventes, profesionales afines en el sistema judicial que pueden paralizarlo todo, o al menos demorarlo. Todo el mundo lo pudo ver en directo. Es evidente que hay gente a la que no le importan nada estos temas, pero para los que estamos interesados en analizar quiénes somos y cómo construimos nuestra relación con el pasado, la exhumación de Franco fue una lección magistral, en el sentido que he descrito. Todo el mundo lo pudo ver: todo el mundo pudo ver cómo los benedictinos en el Valle de los Caídos se aliaban con la extrema derecha, todo el mundo pudo ver cómo fueron Vox y algunos sectores del Partido Popular los que protestaban. Incluso la Iglesia parecía incómoda porque los benedictinos se aferraban al cadáver de un dictador. Y todo esto habla mucho de hasta qué punto el franquismo pervive en distintas estructuras institucionales y hasta qué punto tiene todavía resortes de poder. Yo creo que fue muy pedagógico y eso es lo que me parece que tiene que pasar con el Valle de los Caídos, pero también con otros monumentos. En algunos casos sí que es evidente que se van a retirar, sobre todo cuando haya reclamaciones específicas de la sociedad civil. Yo no creo que haya que quitar todas las calles de todas las personas que tuvieron un papel en el franquismo. Sí, evidentemente, la de los perpetradores: no puede haber una calle del General Yagüe. También creo que nunca se va a llegar al cien por cien. Te pondría el ejemplo de las fosas comunes, y esto lo ha estado comentando Francisco Etxeberria en los últimos meses en los medios de comunicación. ¿Se van a poder recuperar todas las fosas comunes donde hay civiles asesinados en la represión en la Guerra Civil o en la posguerra? Imposible. ¿Por qué? Porque muchas han desaparecido, porque otras no se van a encontrar nunca, porque el último recuerdo se perdió hace ya muchos años, y también porque muchas han sido destruidas al construir carreteras, polideportivos, chalets semiadosados que se han hecho en las afueras de los pueblos, aceras, nuevos barrios... Es decir, hay muchísimas fosas que ya no existen y jamás se encontrarán. Es más que evidente que se está llegando tardísimo.

Pero es que incluso hay fosas comunes localizadas que generan dudas sobre si habría que exhumarlas o no. Por ejemplo, las fosas masivas que están ya dignificadas en cementerios. Es un debate que está por cerrar, y es bueno que lo haya. ¿Por qué y cuándo exhumamos dentro de los cementerios cuando podemos saber por investigaciones históricas quién está en ellas, y están ubicadas ya en los recintos funerarios que la mayoría considera legítimos? Otra cosa es que se marquen, se dignifiquen, se hagan homenajes y reconocimientos. Por supuesto. Pero en no pocas ocasiones exhumar y hacer identificaciones significativas a esa escala es difícilísimo. Hay familias que argumentan con toda razón que no

quieren que los cuerpos estén en la misma disposición en la que los dejaron sus perpetradores. Es más que legítimo. Quieren un entierro digno, dentro del concepto que tengan de dignificación en cada caso. Pero cuando hay fosas comunes de mil, dos mil, tres mil cuerpos dentro de los cementerios, ¿hay que exhumarlas de oficio o cabe establecer que la prioridad son las fosas clandestinas, que están fuera del cementerio, en mitad de un bosque, en una cuneta? No hay una fórmula homogénea ni única para todo ello: a unas se llegará a otras no se llegará. Hay comunidades autónomas, como por ejemplo Asturias, que como regla general han decidido investigar las fosas, pero no exhumarlas. A mí me parece que el espectro es amplio y sería bueno que hubiera un debate lo más matizado posible, analizando las posibilidades en cada circunstancia y, siempre desde el diálogo con las familias de las víctimas, tomar unas decisiones u otras.

No creo que sea realista decir: «Vamos a eliminar todos los vestigios franquistas». Muchos sí, pero algunos otros los resignificamos (el mayor ejemplo sería el Valle), otros los guardamos en un almacén, etc. Pero todos serán procesados de un modo u otro, en ningún caso pueden continuar donde están, por simple inercia. Un proyecto que me interesaría en el futuro, y que además he hablado muchas veces con el artista Fernando Sánchez Castillo, es hacer un parque de estatuas caídas. Por ejemplo, con las estatuas de Franco que ya no están en el espacio público porque han sido retiradas en los últimos años. ¿Dónde están ahora? En almacenes municipales o en distintas formas de almacenaje. Te pongo un ejemplo de cómo pueden movilizarse estas esculturas de manera crítica y generar debate público, aunque a veces no se entienda bien. En 2016 el Comisionado de Memoria del Ayuntamiento de Barcelona promocionó una exposición que se llamaba «Franco, Victòria, República. Impunitat i espai urbà», que tuvo como sede el Born de Barcelona. La exposición incluía una estatua decapitada de Franco, en un contexto de reflexión sobre el legado franquista y la impunidad. En medio de una gran polémica sobre su reemergencia en el espacio público, la estatua, que había sido retirada de Montjuïc en 2008, fue vandalizada y, finalmente derribada... Pero el reciclaje más o menos crítico de estatuaria en *desuso* no es una novedad porque ya hay espacios memoriales así en algunos países europeos, por ejemplo, de la antigua órbita soviética, en los que se han inaugurado parques con acumulaciones de estatuas fuera de contexto. Con este tipo de precedentes en mente, imaginemos el potencial crítico y pedagógico de un cementerio de estatuas franquistas, despojadas de su sentido original, resignificadas en un marco democrático. Mediante un código QR, se podría acceder a la historia monumental y política de cada una de esas estatuas. ¿Por qué se mandó hacer? ¿Quién la diseñó? ¿Quién hizo los moldes? ¿Quién la pagó? ¿Tenemos imágenes de cómo se hizo la pieza, de cómo se inauguró, de qué discursos se dieron, de cuándo se instaló en el espacio público y de qué manera? ¿De cuándo empezó a cuestionarse, de cuándo le tiraron, por ejemplo, un cubo de pintura rosa? ¿De cuándo se retiró la estatua, de cuándo la hemos traído aquí?, etc. Y todo eso lo puedes activar desde un

código QR. De este modo los visitantes pueden estudiar y hacer una reflexión, por ejemplo, sobre el culto a la personalidad en un régimen totalitario, sobre cómo circulan y se modulan las iconografías del poder, etc.

Desde luego, este proyecto tuyo del cementerio de estatuas sería un ejemplo muy bueno de esto que comentabas antes: la importancia de darle la vuelta al discurso memorial, de generar otro tipo de relación con los relatos sobre el pasado, proyectando las experiencias y los procesos –lo inmaterial– sobre los objetos y los monumentos –lo material–.

Sí, y eso es parte del proceso que yo creo que hay que hacer en el Valle de los Caídos: descifrarlo a fondo, desde el principio hasta la actualidad. La explicación del Valle empieza en el momento en que Franco pensó en hacer ese monumento (buscando sus antecedentes, probablemente coloniales). Tuvo un momento fundacional cuando dijo: «Aquí» y llega hasta la actualidad: es decir, hasta la exhumación de Franco, que es un elemento central de resignificación y es parte crucial de la historia del monumento. Como lo es también la ley del 2007, la prohibición de actos relacionados con el 20N, las pancartas de protesta que desplegó la ultraderecha, las misas de campaña que hicieron los benedictinos y su retransmisión en Intereconomía durante la época de Zapatero... Todo eso es historia del monumento. Yo no considero que ese ejercicio sea partidista, ni vengativo, ni nada por el estilo: simplemente posibilitas que se ponga en marcha un centro de interpretación del monumento en el que, por ejemplo, se muestren documentos de todo tipo en orden cronológico. Durante muchos años, allí se ha celebrado el 20N, se ha cantado el «Cara al sol», han ido falangistas en procesiones políticas desde Madrid caminando. Todo eso está documentado: mostrémoslo. Para entender el monumento hay que decir: «Aquí, desde el año 1959 –porque los 20N se celebraban antes en el Monasterio de El Escorial en torno a la tumba de José Antonio Primo de Rivera–, cuando se traslada al Valle el cuerpo de José Antonio, se traslada también ese ritual del 20N». Y es ese ritual del 20N el que se está desmantelando ahora. Eso es historia del monumento y parece lógico que los visitantes, con su móvil o con una tableta, tengan acceso a esta información histórica, que vean que allí se han celebrado ceremonias de corte fascista hasta hace muy pocos años. La interpretación de los materiales está abierta, y cada persona puede hacerse su propia composición mental: el centro de interpretación simplemente los expondría.

Y toda esta información, accesible en diversos formatos y plataformas, tensiona el relato autoritario nacional-católico, un relato que todavía sigue envolviendo el monumento como un lugar de reconciliación ficticia, por darse en los términos del franquismo, y muestra claramente sus fisuras y contradicciones. Porque los visitantes también podrán conocer la historia de Fausto Canales, hijo de Valerico Canales, uno de los civiles republicanos asesinados en la represión

franquista, trasladado al monumento sin permiso ni conocimiento de la familia en 1959, y cuya exhumación se ha solicitado. Eso también va a estar en el nuevo relato, porque también es historia del monumento, como lo son las misas de los benedictinos, las obras de arte que contiene, el desarrollo arquitectónico, el uso de mano de obra penada en su construcción, o el militarismo que permea el lugar. A lo que me refero es que hacer pedagogía te permite reinterpretar críticamente determinados monumentos que te ayudan a entender críticamente una época, resignificados en un marco memorial novedoso que transforma la manera de percibirlos. Mientras que si eliminas todo vestigio pierdes esa capacidad de reflexión individual y colectiva. También hay que tener en cuenta que una resignificación ahora, como la que yo creo que es necesaria, influye, pero no tiene por qué condicionar otras decisiones que se puedan tomar en el futuro.



Fig. 3. El Valle de los Caídos

Como tú mismo explicas en tus trabajos, el Valle de los Caídos es el paradigma de esta materialidad franquista. De hecho, te has referido a él como «la última frontera en el proceso de desaprendizaje del franquismo y de su topografía de la memoria». ¿En qué consiste este *desaprendizaje*?

Me gusta el concepto de *desaprendizaje*. Desaprender es difícilísimo: solo se puede conseguir parcialmente y exige un gran esfuerzo reflexivo y crítico, porque todos somos producto de nuestro contexto cultural, social, político... Básicamente, desaprender es cuestionarse, de la manera más radical posible, el *statu quo* de las cosas, ser capaz de verlas, hasta donde es posible, desde una nueva óptica.

Es descomponer el sentido común con el que organizamos nuestra visión del mundo. Es releer desde un punto de vista radicalmente distinto y en conexión con referentes diferentes. Todo el proceso de exhumaciones de fosas comunes de los últimos años ha sido clave en el desaprendizaje y reaprendizaje –aunque todavía muy incompleto– de lo que supuso la guerra, el franquismo y la propia transición, a muchos niveles. Desde el punto de vista de la monumentalidad, el Valle de los Caídos es un lugar grandioso, enorme y muy complejo. Pero hay que poner las bases para desaprender el discurso con el que nos han relatado del Valle. Hay que desaprender el falso discurso de la reconciliación que todavía promulgan los benedictinos, porque se trata de un discurso nacional-católico 2.0, que actualiza –aunque ahora con mayor timidez que hace unos años– la ideología totalitaria y excluyente inscrita en el monumento. Desaprender requiere estar abierto a pensar de otra manera, no dejarse colonizar por los relatos más hegemónicos. Si hubiera un proyecto estratégico para el Valle este sería desaprender: desaprender y luego reaprender.

Pero reaprender no de una manera partidista, sino con un relato abierto, con múltiples interpretaciones posibles, orientado al fomento de una ciudadanía democrática madura e igualmente abierta. Obviamente hay gente que no lo va a entender, pero sí que va a haber visitantes que, al disponer de un relato que no está cerrado va a hacerse su propia composición de lugar. Y si tienes un perfil conservador, pues te vas a quedar con la lectura más conservadora; si eres más progresista, con la lectura más progresista. Pero en todo caso informada, frente al oscurantismo que hay ahora en torno al monumento. Resignificar no es adoctrinar o lavar el cerebro, y menos en un entorno democrático. Por ejemplo, que resuene el eco del discurso de inauguración de Franco del Valle de los Caídos del 1 de abril del 1959. Los visitantes del Valle han de tener la posibilidad de escuchar ese discurso *in situ*. Que quien esté en la plaza pueda imaginárselo, visualizar las decenas de miles de personas que estuvieron allí aquel día: carlistas, alféreces provisionales, excombatientes, falangistas cantando el «Cara al sol» con toda la parafernalia inaugural y Franco pronunciando un relato de todo menos reconciliador, que es el que dota de sentido originario al monumento. Este proceso de desaprendizaje permite detectar la mentira que te pueden estar contando sobre el lugar, esquivar la ocultación, esquivar el silencio, esquivar la manipulación, la desinformación. Eso es desaprender. Y se desaprende explicando, se desaprende reaprendiendo, reflexionando, generando nuevos espacios de construcción de memoria, nuevos cauces de relación crítica con el pasado. No se trata de dirigir el relato sobre esos espacios, sino de instalar unas claves interpretativas que son abiertas y la gente las puede colocar en su cabeza donde quiera, dependiendo del tipo de cabeza o de ideología que traiga de casa. Eso para mí es memoria democrática: no imponer un relato contra otro, sino superponer un relato abierto y crítico sobre un relato cerrado.

Y, entonces, ¿qué significa el Valle de los Caídos para la memoria democrática?

Dependiendo de cómo se gestione, el Valle de los Caídos puede convertirse un lugar estratégico para la construcción de la memoria democrática, e incluso nos pone, a lo mejor, los límites de hasta dónde se puede llegar. No podemos esquivar el Valle, no podemos no afrontarlo. Luego, el nivel de implicación que haya o la escala de la intervención es algo que se está valorando todavía. Es una decisión política y la tomará el partido que está en el poder.

La exhumación de Franco dejó claro que el Valle de los Caídos se ha convertido en un reducto neofascista. Luego, hay una población flotante de turistas, que van allí y quedan fascinados con su monumentalidad, sin tener claves interpretativas para conocer lo que tienen delante. Pero dentro de lo que es el paradigma memorial español, el Valle de los Caídos es un lugar que la ultraderecha considera cada vez más como una trinchera ideológica que va a defender. Por eso creo que el Valle de los Caídos es uno de los lugares clave donde se van a ver los límites a los que se puede llegar con una memoria democrática, que es un proyecto muy delicado que hay que hacer con mucha cabeza y que no tiene nada que ver, desde mi punto de vista, con el revanchismo, sino con dar una nueva significación en la que se pueda descifrar la dureza del franquismo, de su ideología y de su perfil represivo a partir de su monumento más emblemático. Se trata de leer un régimen a través de la arquitectura que mejor lo expresa. Ese es el reto fundamental. Es un lugar estratégico: no hay otro lugar como el Valle de los Caídos, que contenga tantos elementos del franquismo en un mismo monumento, empezando por José Antonio Primo de Rivera, mártir de mártires y, hasta hace apenas un año, Francisco Franco.

Como señalabas, tú mismo formaste parte de la comisión de expertos creada por el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero en 2011. ¿Cuáles fueron las opciones que se valoraron en esa primera comisión? Y, de todas las barajadas, ¿cuál ha resultado ser, a día de hoy, la más viable tanto técnica como políticamente?

El informe de la comisión es del año 2011. Desde entonces, han pasado nueve años muy vertiginosos. Yo firmé el documento, como todos los demás. Aunque hubo tres personas que redactaron un voto particular respecto a la exhumación de Franco, todo lo demás –incluso la decisión respecto a la nueva ubicación de José Antonio Primo de Rivera– estaba acordado al cien por cien. Eso significa que en torno a la exhumación de Franco tuvieron lugar negociaciones complicadas. A mí hay cosas que no me convencían y que me siguen sin convencer de aquel documento. Por ejemplo, en él domina mucho la idea de reconciliación. Quizá en aquel momento todavía se estaba a tiempo de hablar en esos términos, aunque yo no lo veía, pero creo que ahora, con una Secretaría de Estado de Memoria

Democrática, el paradigma de reconciliación se está sustituyendo por el de memoria democrática. A mí, usar el concepto de reconciliación para referirse al Valle de los Caídos ya no me vale, es empobrecedor. Es un concepto que está secuestrado por los benedictinos y sus aliados. Ellos argumentan con vehemencia que es un lugar de reconciliación nacional y que el hecho de que haya en las criptas cuerpos de ambos bandos lo testifica. Pero no explican cómo llegaron unos y cómo llegaron otros. El discurso de la reconciliación también arrastra muchos elementos cristianos. Tienen siglos de teología detrás de esta lógica argumental. Desde mi punto de vista el concepto de reconciliación se ha quedado obsoleto porque, si quieres dar una perspectiva fresca sobre el monumento, no solo hay que desaprender los relatos, también hay que desaprender los conceptos clave de esos relatos. No utilizar más el concepto de reconciliación es una vía para desaprender el monumento también. Tal vez el concepto de memoria democrática se nos quede corto en el futuro, pero quizá nos sirva de momento.

Por eso esta es una cuestión con la que yo no estoy de acuerdo con el informe de 2011. Yo no creo que haya que buscar la reconciliación, creo que lo que hay que hacer es construir una ciudadanía democrática dentro de la cual se entiende que, en una sociedad, pueden coexistir distintos tipos de memoria, siempre dentro de un respeto de las unas por las otras y dentro del reconocimiento del daño generado. Dentro de la comisión de 2011 se planteó una propuesta muy interesante –formulada por Reyes Mate– que luego se descartó. Se trataba del «acompañamiento de la ruina». Me gusta mucho esa propuesta. El Valle de los Caídos, a pesar de que fue construido para la eternidad, como las pirámides de Egipto –y eso lo pone en el decreto fundacional del año 1941–, está en fase de deterioro. Acompañar a la ruina también es una forma más de resignificar el monumento. La cruz no se va a caer, o al menos eso creo. Sin embargo, las esculturas del exterior, por ejemplo, ya presentan un grado de daño muy relevante. Explicar ese deterioro es otra opción que se manejó en aquella comisión, aunque la que quedó después fue la de la preservación.

Por eso ahora una de las claves es cuál va a ser el nuevo marco administrativo, patrimonial y memorial del Valle una vez aprobada la nueva ley. El monumento plantea muchos retos. El informe de la comisión ya anticipaba todo esto: se planteaba la necesidad de cambiar el régimen jurídico del monumento, se planteaba la exhumación de Franco, incluso se planteaba el desplazamiento de José Antonio a una cripta lateral. Se hablaba también de un centro de interpretación, así como de instalar una obra de arte que contribuyera a la resignificación del monumento. Todos estos son elementos, que ya estaban en la comisión de expertos hace nueve años y que ahora mismo siguen encima de la mesa, están en la agenda de la resignificación del Valle. Al final, al menos desde mi punto de vista, es el concepto de reconciliación lo que se ha quedado un poco más desfasado, pero hay otros elementos que se proponían allí que pueden incorporarse en un proyecto más actualizado de resignificación.



Fig. 4. La Comisión de Expertos visita el Valle de los Caídos (27/07/11)

De todos modos, es importante entender que resignificar el Valle no consiste en que el Gobierno pulse ahora el botón de *on* y cambie el sentido del Valle de la noche a la mañana. El Valle, como todo monumento, está tan vivo como las estatuas de las que hablaba antes. Es importante entender que, entre el proyecto que Franco diseñó en la propia guerra, cuando pensó en hacer un gran panteón, hasta la localización del sitio y su inauguración veinte años después, el Valle de los Caídos ya se resignificó varias veces dentro del paradigma franquista. El proyecto arquitectónico, por ejemplo, sufrió varias mutaciones. Tras la muerte y entierro de Franco comenzó paulatinamente una especie de estado de cierto adormecimiento o falta de cuestionamiento del monumento durante unas décadas, excepto en momentos puntuales. Pero en el momento en que intersectan las excavaciones de las fosas comunes de civiles republicanos con el Valle de los Caídos a través de la reclamación de Fausto Canales –de la que ya he hablado–, cuando se abre una fosa en 2003 y en ella encuentran únicamente restos de huesos, objetos personales, un cráneo que se habían dejado, atrás, muy fragmentado, y que no habían identificado como tal. Es ahí cuando Canales y el equipo técnico se dan cuenta de que se trataba de una fosa que alguien había exhumado antes, sin que ellos tuvieran la menor noticia. Y Fausto encontró la documentación en la que pudo verificar que el cuerpo que él estaba buscando en la fosa, junto con el resto de las personas que estaban en la fosa, se lo habían llevado al Valle de los Caídos en 1959. Fue a partir de ese momento, a medida que se fueron sumando casos semejantes, cuando se empezó a tomar conciencia pública, cuando se reveló este secreto del Valle y empezó a salir esta controversia en los medios de

comunicación. Esta intervención crítica de la sociedad civil y el movimiento asociativo también forma parte crucial de la resignificación del Valle de los Caídos. La Ley de memoria histórica supuso otro momento de resignificación. Los debates que ha habido sobre el propio monumento, sobre la presencia de cuerpos de republicanos en las criptas, sobre la exhumación de Franco, han sido asimismo enormemente resignificadores del monumento. El monumento ya no es el que era en el año 1975, ni de lejos. El propio entierro de Franco, en su momento, resignificó el monumento profundamente.

En relación con la arquitectura del Valle entendido como un espacio de perpetración, ¿qué dificultades técnicas presenta la exhumación de los restos que se encuentran en el osario y cómo han influido estas dificultades técnicas a la hora de tomar una decisión definitiva sobre el proyecto de monumentalización?

Para responder a esta pregunta hay que explicar una cuestión previa. Hay un estudio pendiente, que esperamos que pronto haga alguien de nuestro equipo, sobre el proceso necropolítico del traslado de más de treinta y cinco mil cuerpos al Valle de los Caídos veinte años después de la guerra. Esto es algo alucinante y la información está disponible en los archivos, aunque aún no hay investigaciones integrales sobre este asunto. Hay miles de documentos donde se puede determinar incluso quién pagó la gasolina del camión que llevó los féretros desde no sé qué pueblo hasta el Gobierno Civil y de ahí al Valle. Esa investigación es estratégica, porque nos va a permitir hacer un diagnóstico inédito sobre las corrientes de fondo en el franquismo de la época. Por ejemplo, muchas personas que habían luchado por Franco no quisieron que se llevara a sus familiares al Valle de los Caídos. Hace unos días estuvimos en el cementerio de Guadalajara, donde había una exhumación en marcha, y lo primero que se ve al entrar es un gran monumento a los «caídos por Dios y por España». Ahí hay muchas personas, que fusilaron los republicanos al principio de la guerra, que fueron exhumadas en la posguerra, trasladadas allí y ahora están en un lugar de honor en el cementerio. La pregunta es ¿por qué no están en el Valle de los Caídos, que era el lugar de destino final de estos cuerpos? Pues, es una hipótesis, porque algunos familiares no estaban de acuerdo, probablemente. No tenemos aún analizado a fondo este proceso tan paradójico, todo eso está aún por estudiar. Cabe suponer que se opusieron, o no se activaron hacia el Valle en su momento, porque estaban donde a los familiares les importaba, que era en el cementerio de su pueblo o de su ciudad, en un lugar de honor cerca de la entrada. Creemos que esa puede ser una de las razones por las que el régimen abrió fosas comunes, cementerios militares... Esa investigación, desde el punto de vista histórico, pero también sociológico, político y cultural, va a ser muy importante. Para entender bien la historia de las criptas y el monumento, tenemos que saber muy bien qué decisiones

se tomaron, en qué condiciones se exhumaron un tipo de fosas u otras, por qué Paracuellos sigue en Paracuellos cuando estaba totalmente a mano, cuál fue el proceso del traslado de José Antonio Primo de Rivera, etc. Todo eso tiene una complejidad necropolítica extraordinaria que tenemos que analizar.

Dicho esto, lo que sí sabemos es que, una vez hechos los traslados, los cuerpos se depositaron en las criptas en cajas de madera, algunas individuales, otras colectivas. Que sepamos, hay en torno a unos veintiocho niveles de enterramiento, detrás de las paredes de la basílica. Ahora bien, a la hora de investigar ha habido muchas dificultades. Los benedictinos no han colaborado tampoco en esto. Para valorar las posibilidades de entrada a las criptas, dentro de su enorme dificultad, se han encargado informes, como el del Instituto Eduardo Torroja del CSIC, sobre la estabilidad arquitectónica de las criptas para determinar si hay peligro para entrar. También hubo un informe del Consejo Médico Forense en el que se detallaban estrategias forenses para resolver las exhumaciones que se han solicitado, etc. De nuevo, todo eso es historia viva del monumento. Si se pone en marcha un archivo del Valle desde los parámetros de la memoria democrática, que es otro proyecto que merecería mucho la pena, toda esa documentación tiene que estar disponible para que cualquier investigador pueda llegar allí y estudiar el aspecto del monumento que le interese. En cuanto a las criptas, el monumento está sufriendo porque, al deterioro de los años, hay que sumar un estrés térmico muy importante. Está enterrado dentro de un risco y allí llueve muchísimo, en invierno hay nieve, hay aguas freáticas... Al entrar al monumento pueden apreciarse goteras significativas, e incluso hay recipientes puestos en los lugares donde cae agua. Si se deteriora el cemento, podemos imaginar lo que se puede deteriorar una caja de madera, que además no está protegida por esas estructuras. Sabemos que es muy compleja la entrada a las criptas y aquí lo que es muy importante es tener muy clara la gestión de expectativas respecto a los familiares. Los familiares que han pedido que se hagan exhumaciones, y son en torno a 54 casos, tienen que saber que se va a intentar, porque es un derecho legítimo, pero que la dificultad de encontrar los restos e identificarlos es muy alta. El que estas intervenciones tengan éxito también va a depender del lugar en el que estén, de circunstancias fortuitas, de que en un lugar haya habido más o menos humedad y se han deteriorado especialmente las cajas, o unas se han derrumbado sobre otras. Hay algunos lugares donde se van a poder rescatar las cajas, y restaurarlas y colocar otro tipo de cajas, y reordenar los restos y protegerlos con contenedores más resistentes, dignificándolos de alguna manera. Pero todo esto no se puede saber a ciencia cierta hasta que no se entre en las criptas del monumento.

Todo este proceso también resignifica el monumento, porque añade nuevos niveles de acción institucional y conocimiento. La pregunta es evidente: «¿por qué Franco moviliza tal cantidad de cuerpos veinte años después de la guerra?». El resultado es que ahora hay unas criptas que están en un estado bastante problemático, pero, cuando se entre, los forenses podrán determinar hasta qué punto se

pueden recuperar los cuerpos que se han solicitado. A lo mejor algunos sí, otros no, pero es un esfuerzo que se va a hacer y que es muy costoso: es un operativo de mucha escala. Ya he señalado que todo lo que se haga en el Valle lo resignifica.

En este sentido, yo creo que también tiene potencial profundizar los debates sobre la perpetración, en la línea con lo que se está planteando desde el proyecto Prometeo que dirige Vicente Sánchez-Biosca, y desde los proyectos anteriores se están llevando a cabo desde la Universidad de Valencia. Claro, el Valle de los Caídos es un lugar a mayor honra de los perpetradores. En el paradigma de los derechos humanos, que es el que debe estar operativo en un sistema democrático, los golpistas que se alzaron en armas en 1936 son los perpetradores. Todo el monumento está hecho en honor a la perpetración, a un golpe de estado que tuvo centenares de miles de víctimas. La complejidad de todas estas cuestiones que he comentado hace que nos ayude a entender también distintos matices de la perpetración. Es decir, lo primero ha sido el dictador: el dictador, que es el perpetrador por antonomasia, no puede estar en un lugar de honor. Y eso es algo que está recogido en la nueva ley de la memoria: que ninguno de los perpetradores de la Guerra Civil pueda estar en un lugar público de honor. Entonces, no estamos hablando solo de Franco, ni de Mola o Sanjurjo, que ya fueron exhumados. Estamos hablando también de Queipo de Llano y de otros generales que lideraron o fueron partícipes del golpe y que todavía hoy siguen enterrados en lugares de honor. Todo eso forma parte del mismo proceso. Lo que no es posible es que esto siga sucediendo en un sistema democrático. No pueden estar en una basílica. No pueden estar presidiendo un monumento como el Valle de los Caídos.

En relación con la cuestión de los perpetradores y para comprender las dificultades que existen a la hora de pensar el caso español desde esta perspectiva, en uno de tus últimos trabajos propones el concepto del «militarismo fantasma». ¿Podrías explicar este concepto en relación con el giro de los perpetradores en los estudios de la memoria?

Cuando hablo de *militarismo fantasma* tengo en mente la idea del miembro fantasma. Cuando hay una amputación, durante un tiempo la persona que la sufre continúa sintiendo el miembro amputado. Si pierdes un brazo, vas a seguir acercando la mano que ya no tienes para coger cosas, porque forma parte de la percepción de ti mismo que tarda tiempo en ajustarse (en el contexto de lo que en medicina se denomina *neuroplasticidad*, o *dinamismo del sistema nervioso*): has aprendido a relacionarte con el mundo con esa mano que ya no está. Esa es la idea que subyace a la noción de militarismo fantasma en el contexto de un proceso memorial como el que está teniendo lugar en España. Básicamente, esta idea tiene que ver con el llamado «giro forense», es decir, con el predominio de los discursos, prácticas y estéticas forenses en el rescate de la memoria histórica en

España. Lo que se está rescatando en las exhumaciones es un tipo de represión paramilitar con fusilamientos, torturas, ejecuciones. Cuando hablo de militarismo fantasma, que es un término abstracto, me refiero a cómo el hecho de que se estén haciendo las exhumaciones mediante procedimientos forenses (como si fueran escenarios de crimen) está remilitarizando, de alguna manera, los restos, es decir, reinscribiendo la violencia original a través de su descodificación forense. Frente a otros tipos de relatos que ahora mismo tienen menos poder –como puede ser la biografía o la historia política de la persona–, es el relato criminológico el que está dominando. El relato criminológico es fundamental en las exhumaciones contemporáneas, pero tiene una derivada no buscada y es que revive o hace explícito el militarismo que subyace a los asesinatos y, dado el enorme prestigio de las ciencias forenses, en parte relacionado con la popularización de series como *CSI* o *Bones*, este proceso tiene el potencial para influir de manera decisiva en el discurso memorial contemporáneo. Esa es de una manera muy resumida la idea del militarismo fantasma. Permite señalar cómo, a través de la mediación forense en la escena del crimen, nos fijamos en los efectos concretos de la violencia. Estamos construyendo la memoria a través de cráneos acribillados y de heridas de bala. En los procesos de exhumación, a veces se entregan los informes forenses junto con los cuerpos. En esos informes figuran cráneos con un tiro, dos tiros... En ellos se ven gráficos con orificios de salida y entrada de la bala, la trayectoria de los disparos, los dientes que se han recuperado, las torturas perimortem... Y es de este modo como los familiares se relacionan con las víctimas que están siendo exhumadas. Hay una traducción doble. Por un lado, los asesinatos reconstruidos a través de los discursos forenses y de la escenografía del crimen producen un reflatamiento, que no es intencional, del militarismo que produjo los asesinatos. Por otro lado, el militarismo se reflota en el discurso memorial, precisamente a través de la mediación criminológica. En esta dirección va mi último trabajo. Lo que describe el giro criminológico de la memoria es la estructura de perpetración, su dispositivo. Es la perspectiva de la perpetración, leída desde la huella en su víctima, la que domina el discurso forense. Y este discurso tiene un enorme potencial para cauterizar otros relatos alternativos. Lo preocupante no es que exista una fascinación por los cuerpos violentados, esto ocurre a nivel global –vemos series de temática forense todo el tiempo–. Lo que tenemos todavía que analizar es si esta fascinación puede llegar al punto de dejar poco espacio a otras formas de conexión con el pasado, con estos cuerpos fusilados, que coexisten con ella; otras formas de conexión que pueden ser más emotivas o políticas, que impliquen el relato familiar o la transmisión intergeneracional del recuerdo de la persona, o la militancia que tuvieron durante sus vidas. El militarismo fantasma reflota la perpetración de una manera indirecta, a través de un discurso criminológico que se está imponiendo dentro de los discursos de los derechos humanos. Creo que es importante observar qué efectos tiene esto.

Y, para terminar, ¿hay otros espacios similares al Valle de los Caídos en España y qué función podrían tener en la construcción de la memoria democrática?

Si pensamos en espacios de perpetración, no hay nada comparable al Valle de los Caídos.

Antes has mencionado Paracuellos...

Evidentemente Paracuellos es un espacio de perpetración que va a reflotar. De hecho, la polémica que ha habido a finales de 2020 en torno a las figuras de Largo Caballero e Indalecio Prieto en Madrid está conectada con Paracuellos. Paracuellos ya está en el panorama, en realidad siempre lo ha estado, como un automatismo de la derecha ante la emergencia en el espacio público de los crímenes del franquismo en las dos últimas décadas. Habrá que ver cómo afrontarlo, es también un lugar de memoria muy importante y complejo.

.....
VIOLETA ROS es doctora en Estudios Hispánicos e investigadora postdoctoral en el Departamento de Teoría de los Lenguajes y Ciencias de la Comunicación de la Universitat de València. Ha realizado estancias de investigación en UC-Berkeley, Princeton University y en el Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del CCHS-CSIC. Su campo de investigación es el análisis de la memoria del franquismo y la Transición en la producción literaria actual en España.